los aceptando cualesquiera condiciones que éste impusiese, era un ejército «regular,» pagado por el Parlamento, con fondos reunidos en todo el país en nombre de aquél, y no dependientes del esfuerzo ó del patriotismo locales, sino proporcionados por todos según los medios de cada cual. Semejante ejército había de estar bajo la inspección directa del Parlamento, el cual debía elegir sus jefes, buscando hombres que considerasen al rey y á sus oficiales como enemigos.

La primera idea de organizar semejante fuerza se debe atribuir á Sir Guillermo Waller; pero el hombre que principalmente lo llevó todo al terreno de la práctica política fué Cromwell. No era costumbre de éste permanecer largo tiempo en un estado de oposición pasiva ó de descontento. Mientras estaba en campaña, no podía hacer cosa alguna sin promover un motín contra Manchester, cosa de que se hubiera guardado muy bien; pero cuando aquélla terminó, y Carlos se hubo retirado á sus cuarteles de invierno en Oxford, Cromwell, aliviado de sus deberes militares, llegó á ser, no sólo individuo del Parlamento, sino también del «Comité para la defensa de ambos reinos,» que fué, por lo menos de nombre, responsable de la dirección de la guerra. Entonces comenzaron á convertirse en palabras y en actos las ideas que poco á poco habíanse ido depositando en su cerebro y que permanecían en éste como dormidas. Después de vacilar largo tiempo y de pensar mucho, habló al fin, expresando su pensamiento con la claridad y la firmeza que acostumbraba.

CAPITULO XI

La conducta de Cromwell en la Cámara de los Comunes después de la campaña de 1644 demostró que creía llegado el momento de tomar una parte activa en la causa para conducirla á buen fin. Si se exceptúan los ataques que dirigió contra lord Willougbhy, en el mes de enero, vemos que hasta el memorable día del 25 de noviembre, en el que se levantó de su asiento para dirigir un cargo al conde de Manchester, había intervenido muy poco personalmente en los debates de la Cámara; y á decir verdad, raras veces asistió á ellos. Su reputación allí y en todo el país era debida principalmente á sus hechos militares en el condado de Lincoln, y sobre todo al servicio que prestó en Marston Moor. Hasta que osó acusar de tibieza y negligencia al conde de Manchester, que era uno de los más influyentes y más queridos nobles del Parlamento, sin duda nadie vió en Cromwell más que un vigoroso soldado dependiente de sus jefes; pero ahora, los que tenían alguna penetración debieron admirar, fuera cual fuese el juicio que ello les mereciera, la energía y suprema audacia de aquel hombre que sin vacilaciones ni excusas citaba ante el tribunal de la nación á una persona que por su posición social y su categoría era tan superior á él. Cierto que en el ejército todos comparaban la indecisión de Manchester y su poco éxito en Newbury y otras partes con la resolución de Cromwell en Marston Moor; pero esto lo hicieron principalmente los oficiales de graduación inferior, mientras que en el ejército escocés, con ciertas excepciones, de las cuales la más notable era David Leslie, era odiado y más temido que ningún otro puritano inglés aquel á quien llamaban «jefe de sectarios.» La posición de Cromwell, por lo tanto, á pesar de sus buenos servicios, no era muy firme en el Parlamento, y la acusación contra Manchester fué inoportuna para sus propios intereses.

Sin embargo, para los que estudien cuidadosamente la carrera de Cromwell, esto no tendrá nada de sorprendente.

No nos cansaremos de repetir que la opinión tan generalizada respecto á la profunda presciencia de Cromwell sobre los acontecimientos futuros es errónea. Para ser un hombre de tan reconocido genio, no preveía mucho lo que pudiera suceder; si se trataba de una crisis, demostraba tener mucha penetración; rara

vez se engañaba en su juicio sobre lo mejor que se podría hacer en caso de apuro; y lo más importante en él era la fuerza de su personalidad, tan poderosa siempre, que solamente por la energía de sus convicciones, expresadas con vigoroso lenguaje, atraía á su favor los hombres, vencía á sus contrarios y abríase camino en medio de la más empeñada oposición. Pero aunque mejor que nadie supiera Cromwell cuáles eran las necesidades del presente, las posibilidades del futuro le inquietaban poco y muy rara vez. En su consecuencia, decir, como muchos historiadores han dicho, que Cromwell atacó á Manchester para engrandecerse él mismo, es, prescindiendo de todas las demás consideraciones, suponer en el futuro Protector una cualidad que no tenía. En el Parlamento no había en aquel tiempo ningún hombre que hubiera tolerado semejante intención. Otro error cometido por esos historiadores se debe á su poca penetración para reconocer en Cromwell una virtud que brilló en los más sombríos períodos de la guerra civil, haciéndose más patente después de sus grandes victorias, y que aun en medio de las pruebas y tentaciones del Protectorado se mantuvo pura sobre todos sus errores y debilidades, como un rayo de luz sobre el abismo: esta virtud fué su patriotismo y su generosa abnegación en favor de la causa á que había consagrado su vida.

El día 25 de noviembre de 1644, Cromwell habló en la Cámara para dirigir varios cargos al conde de Manchester. Su ataque no sorprendió á nadie, pues la cuestión surgida entre aquellos jefes parlamentarios había dado mucho que hablar, y Cromwell había anunciado á la Cámara su propósito; pero todo esto sólo servía para excitar más aún á hombres cuyos nervios se hallaban en un estado de tensión por efecto de una atmósfera llena de electricidad. Había comenzado ya la prolongada lucha entre el Presbiterianismo y la Independencia; la lucha entre las mezquinas ideas de una Iglesia demasiado fanática y la libertad del culto religioso y de la conciencia; entre los hombres que estaban dispuestos á aceptar al rey á cualquier precio con tal que pusiera al presbiteriano en vez del sacerdote, y aquellos que no le querían de ningún modo á menos de que renunciara para siempre á sus pretensiones á la soberanía monárquica absoluta. Por entonces, al menos, Manchester y Cromwell eran los campeones de estos bandos opuestos.

Cromwell formuló sus cargos detenidamente, sin vacilaciones, al imputar al conde actos que para los hombres formales de la Cámara de los Comunes eran culpables, aunque no lo pareciesen para la mayoría de los Lores.

Dijo que el conde de Manchester se había mostrado siempre reacio á los encuentros con el enemigo y á terminar la guerra por la espada; pareciendo en cambio dispuesto á consentir en una paz que sería desventajosa aun después de una completa victoria; y añadió que así lo había demostrado con sus ideas y propósitos y hasta con sus actos.

Este era el cargo principal; después siguió la enumeración de los hechos que justificaban la acusación.

Cromwell dijo «que desde la retirada del enemigo á York, á consecuencia

de la victoria de Marston Moor, y como si el Parlamento debiera contentarse con esto, el conde había rehusado tomar parte en todo movimiento por el cual se hubieran podido obtener mayores ventajas sobre el enemigo; y que dejó de aprovechar intencionalmente cuantas oportunidades se le ofrecieron para obtener dicho fin, como si creyera que el rey estaba ya demasiado humillado y el Parlamento sobradamente enaltecido.»

Dijo también «que Manchester había dejado al ejército inactivo y en una posición tal que permitió al enemigo lograr nuevas ventajas, antes de su unión con las otras fuerzas, procediendo así por su propia voluntad absoluta y en contra del parecer del Consejo de Guerra y de las órdenes del Comité de ambos reinos; que después no hizo aprecio de las órdenes que recibía; que algunas veces indujo á dicho Consejo á descuidar una oportunidad, pretendiendo buscar otra mejor; y que al fin le persuadió de que no era conveniente trabar la lucha.»

Este notable discurso produjo gran tumulto y ruidosas protestas, como Cromwell lo deseaba. El conde de Manchester contestó una semana después, y los Lores, prestándole todo su apoyo, nombraron una comisión de seis individuos para oir á las dos partes, invitando á los Comunes á unirse á ellos; pero los Comunes, celosos de sus derechos y privilegios, rehusaron.

La contestación de Manchester fué importante y de estilo altanero. Negó que jamás hubiera obrado sin consentimiento de su consejo de oficiales; sostuvo que los más de sus actos habían merecido la aprobación del mismo Cromwell, y declaró que la conducta de éste había sido cualquier cosa menos ejemplar.

Aquella era la hora oportuna para que los enemigos de Cromwell le hicieran todo el daño posible. El efecto de la defensa de Manchester fué inclinar á los Lores y á los que pensaban más en su seguridad personal y en su dinero que en la causa que se habían comprometido á defender, á mirar á Cromwell como enemigo de toda propiedad. Su antagonismo contra toda forma sectaria de culto religioso, demasiado estrecha, bien fuese la del presbítero ó del sacerdote, se exageró hasta el punto de considerársele como la aprobación de toda licencia ó extravagancia en que los anabaptistas y otros quisieran incurrir. Hasta entonces, ni en el Parlamento ni en el ejército se había formado ningún partido fuerte que se comprometiera á defender la tolerancia religiosa.

La hostilidad de los sentimientos contra Cromwell se demostró en una conferencia particular celebrada el 3 de diciembre, el día después de haber entregado Manchester su contestación en casa del conde de Essex. Los que concurrieron á la reunión eran los principales representantes de la nación escocesa; también asistieron dos eminentes abogados ingleses, Whitelock y Maynard, pero sólo con el carácter de invitados. El objeto del debate fué buscar el mejor medio de someter á Cromwell á un proceso. Los escoceses indicaron que se le podía acusar de «incendiario entre las dos naciones;» pero aunque por la ley de Escocia (1) se podía haber justificado este cargo, los abogados ingleses movie-

(1) Gardiner, *Guerra Civil*, vol. II, pág. 87.

ron la cabeza al oir esta proposición, diciendo que no había suficientes pruebas. «Además, dijo Maynard, el teniente general Cromwell es persona que goza de mucho favor en la Cámara de los Comunes, y que tiene también influencia cerca de algunos Pares.»

Con mucha claridad, los astutos abogados hicieron ver que, si bien algunas de las opiniones del general eran censurables, todos los puritanos ingleses sabían que mientras su causa necesitase campeones no se podía prescindir de Cromwell, por lo cual era preciso respetarle. Si tenía enemigos, á éstos correspondía preservarse de él.

Después de esta conferencia que no tuvo ningún resultado definitivo y en la que, según se dice, el conde de Essex no tomó parte, los escoceses acordaron no dar paso alguno hasta que Cromwell les proporcionara mejor oportunidad; pero trataban con un hombre nada fácil de manejar. Cromwell tuvo conocimiento, según se cree, por conducto de Whitelock, del peligro que le amenazaba, y arrostrando la situación de frente, se defendió en la Cámara con tanto vigor y tan bien, que los Comunes, ofendidos ya con los Lores por haber obrado sin consultar antes con ellos, le prestaron todo su apoyo, nombrando una comisión para que estudiara si no se habrían menospreciado sus privilegios. Hasta aquí, Cromwell había librado el combate personalmente, obteniendo la victoria; pero no era hombre que pudiera consentir que ninguna cuestión particular suya perjudicase la causa que defendía, y vió claramente que si llegaba á agravarse el antagonismo entre las dos Cámaras, podría ocurrir un rompimiento entre los hombres que pensaban como él y los presbiterianos, siendo posible que todo el partido se dividiera, con lo cual el rey tendría oportunidad para deshacer por la intriga todo cuanto se había llevado á cabo á costa de tanta sangre y dinero. Su principal deseo ante este peligro fué dejar á un lado todo sentimiento personal y buscar, en medio de aquella situación desesperada, un remedio que, siendo aceptable para la mayoría de los individuos del Parlamento, no despertara una oposición fatal por parte de los Lores.

El día 9 de diciembre, quince días después de su primera acusación contra Manchester, Cromwell habló en la Cámara para hacer una aclaración. Esto fué después de haber dado su informe el presidente de la comisión nombrada para resolver sobre las diferencias entre los generales, informe en que se opinaba «que las principales causas de la división eran el orgullo y la codicia.»

El discurso de Cromwell no fué largo, y le reproducimos entero porque es uno de los más enérgicos que en su vida pronunció (1).

«Ya es tiempo, dijo, de hablar ó de callar para siempre. Lo más importante ahora es salvar á una nación exhausta y casi moribunda á consecuencia de la larga duración de la guerra; de modo que, si no se continúa la lucha con más vigor y rapidez, si no se deja á un lado toda clase de contemplaciones, á fin de

(1) Carlyle, parte II, pág 131.

poner término á la guerra cuanto antes, el reino será enemigo nuestro y hasta aborrecerá el nombre del Parlamento.

»¿Qué dicen nuestros enemigos? ¿Qué dicen muchos de los que eran al principio amigos del Parlamento? Dicen que los individuos de ambas Cámaras ejercen altos cargos, así en lo civil como en lo militar, y que por su interés en el Parlamento y su poder en el ejército conservaran siempre sus puestos, sin permitir que la guerra termine pronto, por temor de perder con esto la posición que ocupan. Lo que digo aquí, á la cara de todos, no es más que lo que otros murmuran á nuestra espalda. No es mi ánimo fijarme en ninguno; sé lo que valen esos jefes, individuos de ambas Cámaras, que aún están en el poder; pero si he de hablar y decir lo que siento, sin referirme á nadie, sostendré que si el ejército no se organiza de otro modo y no se prosigue la guerra más vigorosamente, el pueblo no podrá soportarla más tiempo y os obligará á firmar una paz deshonrosa.

»Esto es lo que recomendaría á vuestra prudencia, sin ánimo de insistir más respecto á los errores de ningún comandante en jefe, pues yo mismo puedo incurrir en ellos y sé que rara vez es posible evitarlos en asuntos militares. En su consecuencia, dejemos á un lado toda minuciosa información acerca de los motivos de tales cosas, y ocupémonos ante todo del remedio que se ha de buscar, que es lo más necesario. Confío en que tenemos corazones verdaderamente ingleses y en que amamos lo bastante el bienestar de la madre patria para que ningún individuo de las Cámaras deje de coadyuvar, atendiendo á sus propios intereses, á la causa del bien público, sin que nadie tome como una ofensa lo que el Parlamento acuerde sobre el importante asunto de que tratamos.»

El discurso fué seguido de un caluroso debate sobre el «remedio» que debía aplicarse, aprobándose al fin una proposición de Zouch Tate, apoyada por Vane el joven, en la cual se decía:

«Que durante el tiempo de aquella guerra ningún individuo de cualquiera de ambas Cámaras ejercería mando alguno, militar ó civil, conferido por las dos Cámaras juntas ó por una sola.»

Los Comunes enviaron al punto este acuerdo á los Lores, pero éstos lo desecharon desde luego. Se ha discutido muy seriamente sobre la sinceridad de Cromwell al prestar su apoyo á la proposición; mas por cuanto puede juzgarse del estado de su ánimo en aquellos días, no se debe dudar de ella. He aquí las palabras que pronunció, según dicen, durante el debate, palabras verdaderamente difíciles de conciliar con ningún secreto designio ó esperanza de que se siguieran utilizando sus servicios:

«Señor presidente, dijo, no pienso que la acción de los individuos del Parlamento dentro de las Cámaras pueda conducir á la disolución ó diseminación de nuestros ejércitos Puedo decir esto por mis soldados, que no se baten por mí, sino por vosotros, mostrándose dispuestos á luchar y morir por vuestra causa; y si los demás hacen lo mismo, nada debéis temer de ellos. A mí no me miran como un ídolo; tan sólo se fijan en la causa que defienden, y en servicio de ésta

podéis darles las órdenes que gustéis, con la seguridad de que las obedecerán.»

Desechado por los lores el citado acuerdo de los Comunes, á pesar de los propósitos conciliadores de Cromwell, las dos Cámaras se pusieron en pugna, aunque sin que se produjera abiertamente ningún rompimiento. El 7 de enero los Pares contestaron que, prescindiendo de los perjuicios que les irrogaría semejante ley después de haber hecho tanto por la causa, era mala política dejar sin destino á tantos oficiales del ejército sin formar una lista de los individuos que deberían substituirles y someterla á la aprobación. Esto comunicó nuevo impulso al movimiento, y el Comité para la defensa de ambos reinos presentó desde luego una larga lista de nombres, en la que figuraban Fairfax (presbiteriano) como comandante en jefe, y Skippon (presbiteriano también) como Mayor General de infantería, quedando al parecer vacante la plaza de teniente general de la caballería. Al recibir esta contestación terminante á sus observaciones, los Pares comenzaron á ceder, y en enero aprobaron por mayoría de un voto el segundo acuerdo propuesto por los Comunes, aunque con una modificación muy importante que disponía que se pudiera conferir un mando á un individuo de cualquiera de las Cámaras á elección de la comisión nombrada por el Parlamento para inspeccionar los movimientos del nuevo ejército.

Esta alteración, con la que nada tenía que ver Cromwell, dispensa á éste del cargo que contra él se formuló al decirse que había intrigado para derribar á Manchester y Essex á fin de obtener un buen destino para sí propio.

Por el primer «acuerdo,» al que prestó su más vigoroso apoyo, no hubiera tenido excusa para retener mando alguno; pero alterada la proposición, por conveniencia de los Lores, el asunto quedaba tan sólo á discreción de los hombres responsables del éxito de la guerra; y en este caso no era posible admitir dudas sobre lo que aquéllos harían.

El único soldado que había batido á Ruperto en el campo de batalla no era hombre del que se pudiera prescindir si había algún medio para conservarle en su destino. Su nombre entre amigos y enemigos figuraba en primer término, considerándose á Cromwell como el más hábil jefe de caballería de los parlamentarios; y por lo tanto, su elección para la vacante de teniente general en la «nueva organización» no podía ser más que cuestión de tiempo en el curso natural de los sucesos.

CAPITULO XII

La reorganización del ejército del Parlamento, después de aprobado el acuerdo, vino á ser la reconstitución de todas las fuerzas sobre nuevas bases.

Hasta entonces, es decir, hasta la primavera de 1645, las tropas del Parlamento, según hemos dicho ya, se habían reclutado localmente. Contábase con las partidas armadas de Londres, con el ejército de la Asociación de los Condados Orientales, con las levas de York bajo la dirección de Fairfax, y con otras fuerzas, siendo numerosos los voluntarios que en el ejército había. El resultado de esto fué una gran falta de uniformidad en la disciplina y de eficacia en la acción. Bajo las órdenes de Cromwell y de Fairfax, los soldados se conducían perfectamente; pero bajo las de Waller desertaban en masa. En algunos puntos se les pagaba con regularidad; pero en otros recibían poco ó nada.

A medida que el país se empobrecía, la condición del ejército empeoraba más y más, y la diminución de víveres debilitaba las fuerzas de los soldados para combatir. Nunca se conocerán exactamente, ni apreciarán del modo debido los historiadores, las fatigas y miserias que soportaron sin quejarse las tropas que componían el ejército del Parlamento; pero al fin los soldados eran hombres y los oficiales de todas clases y categorías participaban de las convicciones de Cromwell en cuanto al hecho de que si no se organizaba el ejército bajo otro pie, la guerra se extinguiría pronto por falta de combatientes.

Sin embargo, apenas se hubo arreglado la cuestión de los jefes, se pensó seriamente en reorganizar el ejército sobre una nueva base, lo cual permitió á los generales dar á sus nuevas fuerzas la dirección que creyeron más conveniente.

En adelante todas las tropas deberían ser pagadas por el Parlamento, abonándose á cada soldado una cantidad fija (1). El antiguo sistema de las suscripciones locales desapareció por completo y se convino en recaudar el dinero por medio de impuestos y empréstitos que pesaran sobre el país en general. De este modo se aseguraba por lo menos la subsistencia para los soldados mientras la guerra durase; y hallándose éstos bajo las órdenes inmediatas del Parlamento, fueron en adelante servidores, no de una mera autoridad local, sino del Estado.

(1) Los soldados de infantería debían recibir ocho peniques diarios, y los de caballería dos shillings, pero con esta cantidad estaban obligados á mantener el caballo.